



# SEMANARIO POPULAR.

PERIODICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.



Núm. 44.

JUEVES 31 DE DICIEMBRE DE 1863.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo día.

Se vende en los puntos de suscripcion.

Tomo II

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 13.—PROVINCIAS un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO, un año 50 rs.

## SUMARIO.

RECUERDOS DE UN VIAJE A LA TARTARIA Y THIBET.—LA ROSA DE IVRY. (Continuacion).—EL COMPROMISO DE CASPE. (Continuacion).—VIAJE A ZANZIBAR. (Conclusion).—EL PRIMER AMOR, por José Fernandez Bremon.—JOHN LILBURNE.—LA GUERRA.—MADRIGAL, por Juan Tomás y Salvany.—LITERATURA ALEMANA, por Enrique Heine.—LA BATALLA DE LAS ALPUJARRAS.—EN UN ALBUM, por Antonio Guijora y Gomez.

## RECUERDOS DE UN VIAJE Á LA TARTARIA Y THIBET.

El estado presente de la China, amenazada de una revolucion que debe echar por tierra su alta muralla y entregar á la curiosidad y al comercio del mundo el estudio y la explotacion de aquella misteriosa region, aumenta la oportunidad de un libro. Todo el mundo puede ir á Londres ó á Roma; todo el mundo puede esperar ver á Constantinopla ó Jerusalem. ¿Pero quién ha visto el lago salado de Kuku Noor? ¿Quién se ha parado ante el consistorio de las cinco felicitaciones en la ciudad de Hia Ho Po? ¿Quién podría decir lo que es un taiti de globo azul ó de globo rojo? Nadie seguramente, y en mucho tiempo todavía nadie emprenderá este viaje de 2,000 leguas al través de un pais desconocido, donde es mas comun el hallar ladrones ó fieras que caminos abiertos. Decimos 2,000 leguas, porque no comprende mas la parte del viaje que refiere monsieur Huc; pero su relacion se detiene en el momento en que él y su compañero pasan las fronteras occidentales de la China, en la capital de la provincia de Sse Tehouen, donde debian ser juzgados por orden del emperador.

Los naturalistas encontrarán en este libro la descripcion de los animales que no existen en París; los geógrafos conocerán la verdadera posicion de ciudades colocadas aventuradamente en los mapas, y tendrán que suprimir pueblos que no existen y que no han existido, donde nos enseñaban que habia una poderosa nacion. Pero lo mas interesante para todos del

libro de Mr. Huc, es el cuadro vivo de los hábitos y costumbres de pueblos desconocidos, en medio de los cuales han pasado muchos años los dos misioneros, llevando su trage y conformándose con sus usos.

Las cualidades personales de los sacerdotes, y sobre todo las del narrador, aumentan el interés de la narracion; su modestia hace resaltar su inalterable valor.

Mr. Huc no contaria tan bien, si no reuniera á su talento la sencillez que realza su estilo. Muchas veces se quiere como sentir en ellos, á pesar de la túnica amarilla del lama mongol con que se encubren, el noble orgullo del europeo y el cristiano.

En 1846, tercer año del viaje de MM. Huc y Gabet, publicaba un diario de Macao las noticias siguientes, fechadas en Canton.

«Los misioneros de nuestra ciudad acaban de recibir la noticia de la muerte lamentable de dos padres de su mision en la Tartaria mongol. Cuando los misioneros se juzgaron bastante instruidos en la lengua mongol, penetraron en lo interior con ánimo de comenzar su obra de conversion. Desde entonces solo se recibieron noticias inciertas de ellos; pero en mayo se supo que habian sido atados á la cola de caballos, y arrastrados hasta que murieron.»

Gracias al cielo, los dos intrépidos misioneros leyeron las líneas anteriores poco despues de haber sido escritas, de vuelta á Macao, sanos, y salvos, librándose del martirio y de otros peligros mas frecuentes y muy terribles.

Cuando se emprende un viaje como el nuestro, no se deben temer los elementos. Los que temen morir en el camino no deben atravesar el umbral de su puerta.

Asi habla en el momento en que la caravana va á brirse camino al través de un pantano sembrado de precipicios, formado por ocho ramales del Hoang Ho, un discípulo joven de los que lo han convertido.

Y Samdadchiamba tiene razon; todos los elementos les son contrarios.

Cuando necesitan ponerse en camino, despues de dos meses de residencia en la capital de Thibet, las llagas abiertas por el frio del desierto no estaban aun cerradas. En efecto, no es raro hallar en el Asia central viajeros muertos de frio.

Al despertar una mañana en el pais de los Ortuos, ven que el sitio donde habian colocado su tienda estaba cercado de cien pozos anchos y profundos, y que no podian andar cincuenta pasos en línea recta sin caer en uno de aquellos abismos, que habian cruzado por la noche sin sospechar el peligro que corrian.

Tratábase un día de pasar el Bourhaid-Bota, que significa cocina de Buddha; los caballos resisten, los rostros palidecen, las piernas flaquean, se caen y necesitan levantarse y llegar á la cima, so pena de morir asfixiados en medio de una atmósfera emponzoñada. El Bourhaid-Bota es la primera y no la mas formidable de las montañas que defienden la entrada del Thibet, y no hay ejemplo de caravana que no haya dejado algunos asfixiados por los pestíferos vapores, muertos de frio ó precipitados al fondo de un abismo por algun vértigo. Otras veces el fuego devora los pastos donde han levantado la tienda, los rodea y quema los camellos.

Los habitantes de Europa acostumbrados á tanto camino, tanto carruaje y tantas posadas, ¿cómo podremos formarnos idea exacta de un viaje por la Tartaria mongol? El valor humano puede flaquear cien veces en la prueba.

¿Cuántas veces, en medio de los dolores que les aguardan, pueden preguntarse MM. Huc y Gabet: ¿somos nosotros franceses, quienes estamos aquí, prisioneros en el Thibet, ó bien buscando el sueño en la escalera de una pagoda china? «Nos hallábamos abandonados á nosotros mismos en tierra enemiga sin esperanza de oír jamás voz de hermano ni de amigo. Pero ¿que importa? Sentíamos el corazón animado, caminábamos alentados por aquel que ha dicho: id é instruid á todas las naciones. Yo soy con vosotros hasta la consumacion



de los siglos.» Dispuesto otra vez á comparecer ante un juez, no sabiendo qué suerte la aguarda y en todo caso preparándose para el martirio, el piadoso misionero esclama: «¡Qué buena es la confianza en Dios en medio de las tribulaciones de la vida!» Y llenos de fe, hallando su consuelo y su fuerza en el Evangelio, libres del peligro, sin pensar mas en él prosiguen su camino.

Y á pesar de sus sufrimientos, del hambre y la sed cotidianas, comienzan á amar al desierto. La Tartaria no oculta en su vasta extensión florestas silvestres: es una llanura sin fin, entrecortada á veces de lagos, ríos y montes: sus habitantes la llaman la tierra de las yerbas. Perdidos en aquellas verdes praderas, como en medio del Océano, su soledad inspiraba á los misioneros un sentimiento melancólico y religioso.

Como el desierto y sus tristes bellezas, les gustan también su vida y el pueblo pastor y nómada que lo habita, y cuyas costumbres les recuerdan los tiempos patriarcales. De tal modo se acostumbran á este género de vida, que cuando se acercan á la China, al proximarse á la civilización (la civilización china es verdad), se les figura que no podrán soportar la nueva atmósfera; se sienten como *oprimidos y sofocados*, y prefieren á las posadas el salirse de las ciudades y levantar su tienda para preparar en ella su sóbrio alimento. Si al llegar á alguna ciudad fronteriza encuentran alguna familia mongol, se complacen en pedirla hospitalidad y en hablar de la tierra de las yerbas.

Su simpatía hacia los mongoles es tan marcada, que casi hacen que nosotros los amemos; y sin embargo, en las costumbres tártaras hay detalles que no deben hacernos olvidar las buenas y sencillas cualidades de ese pueblo semisalvaje, pero que lo hacen mucho menos atractivo.

Así los mongoles son sucios; su tienda, sofoca por el mal olor; el que despiden sus vestidos grasientos es tal, que levantan el estómago; tan sucios son, por fin, que los chinos, que están lejos de ser limpios, los llaman tártaros fétidos.

Es cierto que son sóbrios; pero el apetito que despliegan ante un manjar nuevo haría creer que su sobriedad ordinaria es mas bien una necesidad del desierto que una virtud. No nos aventuraremos á describir un banquete tártaro, compuesto de entrañas de carnero.

Bien entendido que no hay ni mesa ni mantel, ni platos ni tenedores; cada uno arranca con los dos dedos una parte de aquellos intestinos humeantes, y los devora con un placer que repugna á los franceses convidados á esta fiesta.

Pero estos son festines extraordinarios. Té y empanadas, té de todos modos, con leche y manteca, componen su comida ordinaria. Los tártaros no ponen en infusión de agua hirviendo las ojas del té. Las ojas son prensadas, de manera que juntas vienen á tomar la forma de ladrillos. Para hacer el té los mongoles cortan un pedazo de ladrillo, lo hacen polvo, lo ponen en una marmita de agua hirviendo, que toma un color negruzco, y beben esta composición con deleite.

El té, base principal del alimento tártaro, sirve también para los cambios: el sistema monetario está poco en uso; el té reemplaza á la moneda; cinco téos representan el valor de una onza de plata.

El café es un artículo desconocido de los tártaros; en cambio de él suelen tomar tabaco en polvo despues de sus comidas. Como en Francia en tiempo de Sganarelle, es muy político y amable en Mongolia el ofrecer un polvo á los amigos.

Mr. Huc compara la vida de este pueblo del desierto á la de los patriarcas de la Biblia. No nos parece perfecta la analogía; los mongoles son pastores y nómadas, pero en los *Recuerdos de viaje*, no vemos una sola vez aparecer el patriarca.

En Tartaria hay señores y esclavos. Los señores, los *taitsi*, que llevan un globulito azul

en el gorro, son todos parientes del rey ó jefe de la tribu. Ellos poseen el territorio, tienen el derecho de exigir ciertos trabajos, pueden condenar á muerte á sus esclavos, en ciertos casos. La suerte de estos difiere poco de la de los nobles; unos y otros viven en las tiendas y apacientan sus rebaños; sus costumbres son iguales, y los *taitsi* llaman hermanos á sus siervos.

Así como en la edad media se libraba el siervo de la dominación del señor entrando en la Iglesia, en Tartaria el esclavo deja de serlo haciéndose lama.

Los lamas ó sacerdotes de Buddha, que forman casi un tercio de la población, guardan todas el celibato. La vida de la familia se reserva á los legos, llamados allí los hombres negros, porque dejan crecer sus cabellos, mientras que los lamas llevan la cabeza afeitada.

(Se continuará.)

## LA ROSA DE IVRY.

(CONTINUACION.)

### VIII.

#### PALABRAS DE AMOR.

Dejaremos transcurrir un espacio de tres meses, y entraremos, si es del gusto del lector, en el patio de uno de los mas suntuosos palacios de la calle de Santo Domingo.

Todo allí anunciaba un suceso extraordinario. La puerta principal estaba abierta de par en par; varios lacayos con librea estaban, por decirlo así, de centinela, y el suizo, con su traje tradicional, la alabarda en la mano, se paseaba lentamente, mirando con aire de desden á los curiosos que estaban parados fuera.

Una elegante marquesa de damasco adornaba la gradería que se elevaba en el fondo del patio, cuyos escalones estaban cubiertos de magníficas alfombras, para que la persona á quien se esperaba no pisara la dura piedra.

Una mano ligeramente agitada levantaba á cada momento una de las cortinillas de la ventana del salon, situado en el primer piso, y de pronto se podían distinguir las facciones de un rostro animado por la impaciencia y la ansiedad. Era el de un señor de aspecto elegante y aristocrático. En los reales salones de Versalles un día de gala no se hubiera encontrado una levita con un corte mas nuevo, con mas esquisitos bordados; el oro y los diamantes brillaban en sus adornos; el encaje mas fino le servía de corbata, el punto de Venecia de chorrera, sus zapatos con tacones encarnados y hebillas resplandecientes, realzaban el bordado de sus calzones que señalaban una pierna perfectamente modelada.

Hubiera sido preciso tener una vista muy perspicaz para reconocer en aquel elegante personaje que exhalaba el ambar y los polvos de rosa, al soldado de Real-Normandía, Dionisio el Entendido.

Mas ¿con qué motivo se habia vestido de aquel modo el coronel? ¿qué visita importante esperaba con aquel estremecimiento de dicha y ansiedad? El ruido de una carretela que entró en el patio del palacio, no tardó en hacerlo conocer á todos.

Habia bajado de prisa, y llegaba al último escalon de la gradería á ofrecer la mano á una señora, vestida con menos esmero, aunque no con menos elegancia que él.

La marquesa de Vauvillers era ella, sonrió al verle y se apoyó, ruborizándose ligeramente, en el brazo que le presentaban.

La marquesa era sin disputa una de las mujeres mas hermosas y mar escitantes del mundo. Brillaba con todo el prestigio de sus veinte y cinco años, como esas bellas rosas que se abren con todos sus aromas y sus encantos. Tenia un modo de ponerse los polvos y los lunares que prestaba á sus ojos el fuego de los diamantes negros cuyo monopolio conserva el Oriente para el adorno de las sultanas: sus largas pestañas querían inútilmente disminuir el brillo. Su boca fresca y purpurina tenia una

sonrisa tan dulce, que podía decirse que reía con su corazón y que tan solo se esperaba conocerla para amarla.

El conde de Tournil, él mismo es á quien encontramos al pie de la gradería, puso los labios en la punta de sus dedos, sin poder apartar los ojos de su rostro encantador.

—Venid, señora, le dijo con sincera emoción, venid á visitar vuestro imperio; desde hoy estais aquí en vuestra casa.

—Hacedme, pues el honor de entregarme mis dominios, querido conde, contestó ella con su seducidora sonrisa.

Al decir estas palabras, ya habian subido la gradería y entraban en las habitaciones. El palacio, edificado en el reinado anterior, habia sido renovado por los arquitectos y artistas de mas fama. Entre las molduras de los artesanos brillaban magníficos espejos ó lienzos simbólicos, verdaderas obras maestras de gracia y de color. Las arañas de cristal de roca, los muebles dorados é incrustados, las chimeneas de mármol de Italia, rivalizaban en gusto y riqueza: era un verdadero palacio.

El cuerpo principal se terminaba en el jardín por dos pabellones; uno que solo servía en los dias de fiestas, contenía un salon inmenso, arreglado á la sazón para recibir á lo mas escogido de París y de Versalles; el otro, lleno de naranjos, de arbustos raros, de flores, de verdura, nada tenia que envidiar á los invernaderos que habia puesto Le Notre en el Louvre. Era a la vez un comedor único en su género, y el paseo mas agradable.

Todo el primer piso estaba destinado para los futuros esposos que iban á ocupar el palacio; pues en aquel mismo dia debía casarse el conde de Tournil, coronel de Real-Normandía, con la marquesa de Vauvillers, viuda hacia dos años, y dueña de una fortuna inmensa.

Embriagado de orgullo y de amor, seguro de poseer el corazón de la marquesa, habia comprado el conde el palacio para instalar en él á su futura, impaciente de que deslumbrara su felicidad á los numerosos rivales á quienes venia. Dentro de algunas horas se firmaría el contrato, haciendo indisoluble tan deseada union.

El conde acompañó á la marquesa á un gabinete cuyos espejos, dispuestos con arte, reflejaban sus mas leves movimientos. La hermosa viuda se sentó en un sillón de terciopelo, dejando caer su mano entre la del conde que la contemplaba con ternura.

—Sois un encantador, le dijo la marquesa con una mirada que le pagaba todos sus cuidados, creais maravillas, y no se sabe si se debe admiraros ó daros las gracias.

—Darme las gracias, admirarme... respondió el coronel, no, alma mia, no quiero mas que un poco de amor.

Ella le contestó estrechándole la mano. El coronel continuó:

—Si he puesto algun cuidado, ¿no he sido ya pagado de antemano pensando que llegaría un dia en que, conociendo vos que vuestro pensamiento no se ha apartado de mí, que él era mi mas querido bien, no dudariais ya mas de mi amor?

—Ya creo en él, querido conde, prosiguió la marquesa con ternura. Antes, lo confieso, sentía en el fondo de mi corazón cierta desconfianza que me hacia estar alerta... Es verdad que de esto tiene la culpa vuestra reputación: todos me hablaban de vos diciéndome que erais un calavera... un invencible... En realidad no dejaban de tener razón, puesto que héme aquí subyugada como otras muchas.

—Es al contrario... ¿no sois vos quien habeis triunfado del vencedor?... Mas, os lo suplico, alejad por siempre esas malas ideas que tanto me han desesperado. ¿Creeis que desde que os conozco haya podido ser otra dueña un instante de mi corazón, ó solamente de mi imaginación?

—Sí, prosiguió la marquesa fijando en el coronel sus grandes ojos negros, si, creo en vos desde aquella triste época en que, obligada á ocultaros, habeis tenido valor de permanecer



en un pueblo donde podáis ser descubierto á cada momento, en vez de buscar un refugio mas seguro, y todo esto para verme de cuando en cuando.

El conde se ruborizó involuntariamente; los remordimientos le atormentaban. Se volvió para ocultar su turbacion que duró poco tiempo. La marquesa, llevada de sus recuerdos, nada notó.

—Aun me parece veros con aquel tosco traje de soldado, que ostentaba tan bien como vuestro imponente uniforme de coronel, ó como este elegante traje de corte; aun os veo esperando bajo los grandes árboles del parque que pudiera yo escaparme un segundo para repetiros estas dos palabras: «Pienso en vos.»

—Palabras benditas, prosiguió el conde dominando su turbacion, talisman inapreciable, porque ellas llenaban mi soledad haciéndome esperar con alegría el día siguiente.

—Y yo tambien era feliz: allí estaba sola; allí no habia ninguno que pudiera robarme vuestros pensamientos; estaba segura de ser amada... Sí, amigo mio, tengo fe en vos.

—Y no dudareis ya mas de mi amor; ¿no es verdad, mi querida Luisa?

Y poniendo fin á una conversacion cuyas palabras le causaban molestia y temor, dijo:

—Tengo que marcharme; cada minuto es un tesoro en un día como hoy. Vuestras doncellas os esperan; dentro de dos horas estarán llenos los salones, y voy á dar órdenes para que vayan á buscar á vuestro notario, ya que quereis que sea él...

—Es un antiguo servidor de mi familia; soy un poco supersticiosa, y me parece que mi dicha será mas segura si interviene él en el acto...

—En todo se han de cumplir vuestros deseos...

—Hasta luego, pues, amigo mio; voy á procurar ponerme hermosa, para haceros honor.

—Mas adornada, mas brillante, quizá, pero mas hermosa no puede ser...

Cambiaron una mirada de ternura, y el conde salió.

Un largo suspiro alivió su pecho oprimido. Se pasó la mano por la frente como para rechazar una preocupacion importuna, fue mirando los salones donde todo estaba preparado para la ceremonia, y viendo que la aguja de un reloj se adelantaba hácia la hora solemne, dijo:

—¡Por fin!...

Y corrió á su carretela, dando orden al cochero de conducirlo á la antigua casa de su futura, situada en la calle de Santa Margarita.

## IX.

### LO QUE SE LLAMA UN PROTECTOR.

A la misma hora en que tenia lugar tan tierna conversacion bajo los dorados techos de la calle de Santo Domingo, caminaba un carruaje de los mas modestos al trote de un vigoroso caballo de labor por la carretera de Versailles á París y se orientaba hácia la barrera de San Dionisio. Era un coche sencillo en el que iban Enriqueta y Jorge Dupuis y el cual conducia Vicente Cousin sentado en la delantera.

Un silencio profundo reinaba entre ellos; su actitud, sus miradas que se evitaban en vez de buscarse y de sonreirse como en otro tiempo, indicaban la cruel revolucion que agitaba su existencia.

Enriqueta estaba todavía hermosa, mas ya no era la fresca y encantadora niña á quien su alegría comunicativa y sus brillantes colores habia valido un nombre tan gracioso. La Rosa de Ivry no era ya comparable mas que á esas flores cuyo cáliz parece de alabastro, que crecen melancólicamente en los costados de las montañas cargadas de nieve.

Los pesares del alma unidos á la estenuacion fisica, consumian aquella débil existencia. Habia estado á punto de sucumbir al golpe fatal que le habia herido, al escuchar las pala-

bras de Jorge Dupuis, pero la naturaleza habia disputado aquella presa á la tumba. La fiebre y el delirio habian desaparecido, y la jóven débil y enfermiza que ahora vemos en lugar de la que antes hemos conocido, si sorprendia menos por su brillante hermosura, encantaba quizás mas por su apariencia pensativa y vaporesa.

Tal era al menos la impresion que sentia Jorge, y á la cual obedecia tanto mas irresistiblemente cuanto que el amor profundo que profesaba hacia tiempo á Enriqueta no estaba exento de pesares y de inquietudes. Su pasion pudo, en el primer momento, aturdir su delicadeza; mas ésta se despertaba y crecia su pasion con el peso de las faltas que habia cometido con la hermana de su amigo.

Con este sentimiento venia á unirse otro igualmente doloroso: engañado por el conde, atribuia la desesperacion de Enriqueta al afecto que ésta profesaba al coronel, y ya no se atrevia á pensar sin emocion en el día de las esplicaciones; en cuanto á sospechar que Enriqueta fuera culpable, jamás se habia figurado semejante cosa; Enriqueta, tan buena, tan pura á sus ojos, ¡Enriqueta deshonrada! Esto era imposible.

Vicente, por otra parte, temiendo todo lo que habia podido despertar prematuramente las sospechas del coronel, habia guardado con su amigo profundo silencio, y el pobre Jorge, con sus ingenuos remordimientos, no pensaba mas que en consolar que en distraer á la que en el fondo de su alma llamaba su mujer.

En aquellos dos terribles meses, durante los cuales cada día podia ser el último para ella, no se separó de ella ni una hora, siempre atento, cuidadoso é infatigable. El corazon suplía en él la educacion; hay una delicadeza generosa que no se aprende; la naturaleza y el amor verdadero pueden solos hacerla brotar.

El sargento encontraba medios de distraer á la enferma, de dirigir el curso de sus pensamientos á otras esferas menos agitadas que aquellas en que querian absorberse; tenia sobre todo el tacto de evitar cualquier palabra, cualquier alusion que pudiera recordarle en lo mas mínimo lo pasado.

Tanta abnegacion, tantos cuidados no podian dejar indiferente á la que se veia objeto de Ellos. En la desgracia especialmente es donde se aprecian los amigos. Es tan consolador el tener un corazon para desahogarse, sentirse todavía amada, cuando se han visto desvanecerse sus mas queridas ilusiones, creyendo que se concluia la existencia.

¡La pobre niña cruelmente engañada, era tambien tan buena y tan generosa! No habia tardado en comparar aquella solicitud siempre atenta, siempre despierta, con el miserable abandono del conde de Tournil. La Conducta del modesto soldado avergonzaba la del coronel. Enriqueta se ruborizaba de éste y se enorgullecía de aquel; lo admiraba, le tenia compasion, y su confianza en él era tan completa, que no temia descubrirle el estado de su alma.

—Jorge, le decia la jóven algunas veces con un acento que conmovia todo su ser; Jorge, el amor se ha apagado por siempre dentro de mí; no queda en él lugar mas que para un sentimiento menos vivo, aunque mas duradero, para la amistad; y mi amistad es vuestra toda ella para siempre. Bajo esta impresion, hubiera renunciado con gusto á toda venganza, concretándose á castigar la ingratitud de su seductor con el desden y el olvido. En medio ya de este camino, tan solo se paraba temblando al pensar que iba á pertenecerle.

Pero su hermano, tan implacable en su resentimiento como ilimitado habia sido en su confianza; tenia otros proyectos; y convencida de que una obediencia completa podia sola espisar sus faltas para con él, se sometía á todos los sacrificios.

El modesto vehículo se paró en la barrera, y Jorge dió la mano á sus dos amigos, diciéndoles:

—Adios. Tengo por precision que dejaros, ya lo sabeis. Mi licencia concluye hoy y no

puedo perder ni una hora, pues si no consiguiese próroga, quién sabe lo que sucederia y cuándo os volveria á ver.

Vicente no intentó detenerle. En él no habia consistido que el sargento hubiera permanecido menos tiempo con ellos. La desgracia le habia hecho perspicaz. Los sentimientos nuevos que manifestaba Enriqueta en favor de Jorge, le inquietaban, porque hacian mas penosa la union que queria realizar ante todos de su hermana con el conde de Tournil. Muchas veces habia intentado evitar esta nueva complicacion en una trama de suyo tan oscura, y cuyos hilos solo él manejaba.

—Adios, respondió Jorge, pronto nos veremos; ya sabes donde nos has de encontrar, si es preciso... pronto te diré y te explicaré...

No concluyó la frase, mas la manera de acelerar la marcha del carruaje indicaba bastante cuán grande era su agitacion interior.

Enriqueta no pronunció ni una palabra, y tan solo una lágrima corrió lenta por su rostro.

Jorge permaneció algunos minutos inmóvil, pensativo, siguiendo con la vista el carruaje que se alejaba. Cuando lo perdió de vista, al dar vuelta á una plaza, meneó la cabeza, pegó en el suelo con su palo y desapareció precipitadamente evitando la curiosidad de los transeúntes.

Deseaba llegar al término de su viaje, porque no lo habia dicho todo á Enriqueta ni á Vicente, temiendo inquietarlos aun mas. Sin embargo, se trataba de su libertad y quizá de su vida. Hacia seis semanas que habia concluido la licencia que le habian concedido para su casamiento.

Sin duda que debia haber cumplido con su deber, marcharse de Ivry y pedir á sus jefes un permiso nuevo; mas para esto hubiera sido preciso separarse de Enriqueta, dejarla cuando sus cuidados le hacian tanta falta, y ¿quién sabe si á su regreso la hubiera encontrado en vida? Aturdido por la pasion, por el temor, por el dolor, se habia quedado.

¿Cuál iba á ser su suerte ahora? Considerado como desertor, le habian sin duda juzgado ya... quizá condenado... Podian conocerle, cogerle á cada momento; por cuya razon se habia disfrazado como habia podido, vistiéndose de aldeano. Es verdad que despues de lo que habia pasado entre él y su coronel, éste no podria ser riguroso ni dejar de legitimar su ausencia; mas para esto era menester lo primero verle llegar hasta él.

Toda su sangre afluia á su pecho al pensar que iba á implorar al hombre que habia causado la desgracia de Enriqueta.

Este sacrificio era, sin embargo, necesario, so pena, no de sufrir la condena, porque no pensaba en sí propio, sino de herir á sus amigos con un golpe nuevo.

—¡Lo veré!... dijo por fin apretando los dientes; y su paso precipitado fue todavía mas rápido.

Vicente y su hermana seguian tambien su camino, dirigiéndose á casa de la madrina de Enriqueta, la marquesa de Vauvillers, sin saber que aquella misma mañana habia dejado su casa de la calle de Santa Margarita, para inaugurar el palacio que el conde habia comprado para ella, en la calle de Santo Domingo, donde debia firmarse el contrato.

El único personaje importante que se hallaba todavía en la habitacion de la calle de Santa Margarita, era el tutor de la marquesa, el caballero de Vandanne.

Aquí vamos á abrir un paréntesis, para presentar al lector este personaje que ha de desempeñar un papel esencial en nuestro relato.

El caballero á quien la señora de Vauvillers daba el título de tutor, habia realmente en otro tiempo desempeñado este cargo; mas como su primer casamiento la habia emancipado, le consideraba ya solo como su amigo, su consejero, concediéndole una deferencia justificada por sus antiguos servicios.

El señor de Vandanne rayaba en los cincuenta años. Su juventud habia sido, como la de la mayor parte de los hidalgos de la corte, singu-



larmente borrascosa. Había justificado de sobra su reputación de galanteador, y la edad, al imponerle el decoro que se le hacía un tanto pesado, no había disipado del todo sus pretensiones de hombre galante.

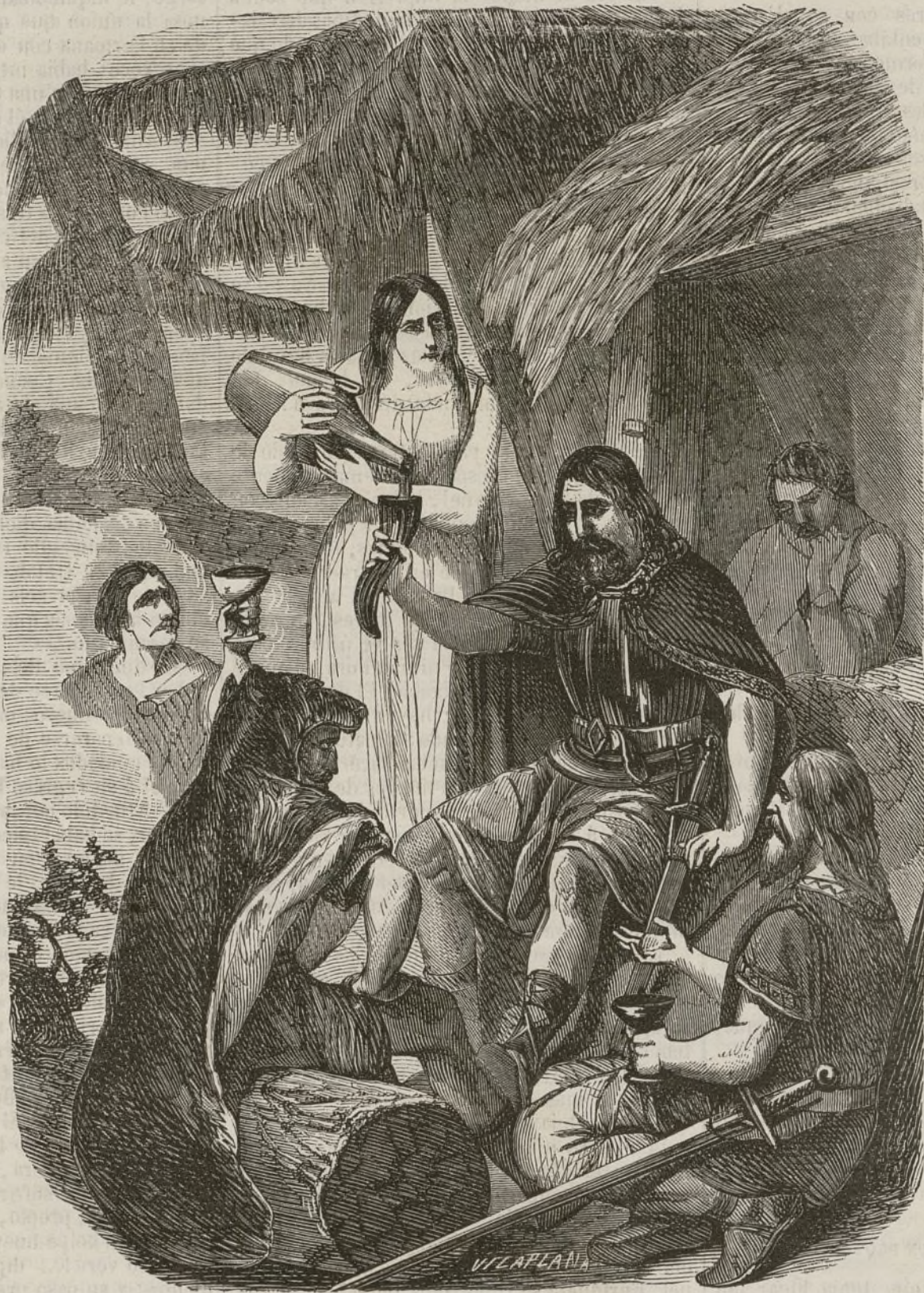
Era un conjunto extraño de cualidades y de defectos, cuyo tipo pertenecía especialmente á aquella época, y del cual la juventud dorada

al Ruolz de nuestros días no ofrece mas que una lastimosa parodia. Tan alto ponía el punto de honor para todo lo que atañía á la dignidad, á las cuestiones de interés, á la política, como daba de barato los escrúpulos en materia de aventuras.

Profesaba sobre este particular las teorías mas amplias, y hay que haberle la justicia de

que era tan indulgente con los demás como quería que lo fueran con él.

Muy solicitado de todos en la buena sociedad, querido en la corte, gozaba de una consideración de la cual nunca abusaba. Amigo del coronel, enterado de la pasión de éste por la marquesa, se había asociado á sus deseos, contribuyendo en parte á que se decidiera su alianza.



Brindis á la guerra.

Bajo todos conceptos, él tenía el privilegio de arreglar la ceremonia, y estaba disponiéndose á marchar al nuevo palacio de los futuros esposos, cuando le anunciaron que un rentero de la marquesa acababa de llegar de Ivry, preguntando con urgencia si se la podía ver.

#### EL COMPROMISO DE CASPE.

(CONTINUACION.)

La acendrada opinión de que gozaban los gobernantes de Cataluña, y su celo por la paz y utilidad pública, no menos que el buen orden que supieron introducir en los negocios del Estado, dieron gran fuerza y validez á todos sus actos, y arraigaron profundamente su imperio, que fue de todos respetado y obedecido. Acudieron desde luego al parlamento de Barce-

lona naturales y extranjeros, unos solicitando auxilios, otros en demanda de desagravios: quién pedía sus asistencias, como las hubiera demandado al rey un año antes; quién ofrecía sus armas y tesoros para asegurar el bienestar del pueblo. Los mismos pretendientes á la corona acudieron al gran consistorio catalán, alegando sus derechos; reconocieronle igualmente como cabeza y centro de la monarquía, los estados de Sicilia y Cerdeña, que impetraban defensa, el rey de Nápoles que solicitaba la libertad de la reina de Sicilia, su hija, y Aragón, Valencia y Mallorca que venían á su seno en busca de la paz, deseando concertarse para dar digno soberano á la desamparada monarquía.

Sublime y nunca antes realizado pensamiento era el de reunirse los vasallos para darse señor, congregarse los pueblos para determinar quién había de ser su rey, arrojando la te-

mible ojeriza de ambiciosos pretendientes, poderosos casi todos, ninguno de ellos falto de derecho mas ó menos legítimo. Tan heroico y sublime pensamiento produjo desde luego resultados de suma importancia; pues cuando menos apagó los nacientes odios, evitó el derramamiento de sangre, con el sacrificio de millares de inocentes víctimas, y dispuso, en fin, los temores de una guerra cruel y fratricida, que amenazaba devastar en breve espacio el reino entero.

Para alejar todo recelo de que pudiera la paz alterarse, y conservar la integridad de su independencia, mandaron, sin embargo, los prohombres que formaban el parlamento reparar las fronteras, sobre todo á la parte de Puigcerdán y valle de Aran, como mas cercanos á Francia, sin omitir diligencia alguna para tener conocimiento de la aparición ó proximidad de fuerzas extrañas ó de hombres armados.





Vista de la ciudad y puerto de Zanzibar.

Ningun caballo ni otra clase de cabalgadura útil para la guerra se permitió salir del principado, como tampoco armas de ningún género; escribiendo á Aragon, Valencia y Rosellon para que hicieran iguales prohibiciones. Para cualquier evento debían hallarse prontos dentro de Cataluña tres mil hombres armados; á saber: *mil bacinets é mil pillarts é mil balles-ters á cavall*. Mandaron, finalmente, intimar á los comitadores de los reinos de la corona de Aragon, que pues en Cataluña se seguía el camino de la equidad y de la justicia, no pudiesen en él estorbo alguno, protestando que los pueblos no respetarian los derechos del que directa ó indirectamente atentara contra la tranquilidad pública. Hé aquí los medios que se ponían en planta dentro del principado para asegurar la paz de los pueblos: otros todavía mayores debían emplearse en los países, ó vecinos, ó confederados, para apagar la llama de la discordia y cortar el vuelo de aquella ave monstruosa, sedienta de sangre humana, que apellidamos guerra, y que eternamente cobija bajo sus alas la destruccion y la muerte.

Poco grato era en verdad el estado de los negocios políticos en Aragon, Valencia, Sicilia y otras partes. Cuanto mas se habian menester la tranquilidad, la cordura y la templanza, tanto mas se encontraban las pasiones; y encontrados los ánimos, reemplazaban los ímpetus de la ira á los consejos de la prudencia, y remitiendo la razon á la espada, cubrian de luto las familias y de espanto los pueblos. Faltaba un monarca; y esta era la falta de tristes y gravísimas consecuencias para aquellos reinos, que no supieron ponerse bajo la salvaguardia de la sabiduría y de las leyes. Presentaba Aragon

el lastimoso espectáculo de un estado sin forma alguna de gobierno: proseguía el conde de Urgel en el empeño de mandar como vicario general nombrado por el difunto rey don Martin; y obstinábase el gobernador de aquel reino en negarle la posesion é impedirle el ejercicio de aquel mismo rey; mas semejante arbitrio, de una política tan débil como infecunda, fue nuevo manantial de considerables disturbios. Los bandos encarnizados de los Lunas y de los Ureas, que seguian, estos al gobernador y aquellos al conde (solo por pertenecer á partidos contrarios), agravaban la situacion en gran ma-

nera. Calles y plazas de las principales ciudades de Aragon se veian convertidas á cada momento en campos de batalla, donde corría la sangre á torrentes, y donde sucumbian esforzados guerreros con un valor digno de mejor causa. Hasta el prelado de Zaragoza llegó á ser víctima de aquellos bandos, como veremos mas adelante, sin que bastasen para contener tamaños desórdenes, ni sus amonestaciones ni sus ruegos.

No era menos lastimoso el espectáculo que ofrecía el reino de Valencia, dividido en dos bandos tan implacables como los aragoneses.

Separaban los Centelles y los Valaregudes en sangrientas parcialidades á los pueblos, á la nobleza, á todo el reino, en fin, como si el mismo reino anhelase su propia ruina. Declaráronse los segundos á favor del conde de Urgel, y aun el mismo gobernador de Valencia, Arnaldo Guillen de Belleira, inclinó el gobierno de la ciudad á su partido, con lo cual crecía la discordia, exasperada la parcialidad de los primeros. Desde el centro mismo del reino se derramaba la fiebre de las banderías á dañar con su emponzoñado aliento á sus apartados miembros; pues que aun entre las poblaciones distantes, seguian unas el ejemplo de la metrópoli, mientras osaban otras lanzar contra ella el grito de guerra. Hacian mas dolorosa y crítica esta situacion los estragos de cruda epidemia, que ya affligia las poblaciones de Levante y Poniente del propio reino, cubriendo de luto y consternacion millares de familias. Padres, madres, hijos y hermanos, deudos y amigos, todos lloraban la pérdida de las prendas mas caras de su amor ó de su amistad. Esposa hubo que despues de haber perdido á su marido y á



Lilburne.



su primogénito al rigor de aquella fratricida lucha, vió perecer víctima de la peste el resto de su familia. Mallorca, si bien sufrió al principio las consecuencias de algunos disturbios, fue al cabo mas feliz y previsora, por haber determinado los ciudadanos de sus tres islas mantenerse neutrales en el ruidoso pleito, que iba á entablarse ante la representacion de los pueblos. Ofreciéronse aquellos isleños á gobernar en paz sus tierras, deponiendo rencores y ahogando mezquinos intereses, resueltos á no dar oídos á lisonjas ó exigencias de los pretendientes al centro aragonés y á recibir con todo acatamiento el fallo de la asamblea catalana, mostrando así el respeto, la deferencia y amor de quien se preciaba de traer su origen de la misma estirpe. ¡Rasgo admirable de virtud y prudencia que carecia entonces de modelo y que despues no ha tenido imitadores!...

Mas desgraciadas que Mallorca eran Cerdeña y Sicilia en sus movimientos políticos. Alzó en la primera el estandarte de la rebelion el vizconde de Narbona; y los pueblos que habian permanecido adictos á la corona de Aragon reducidos al peso de las molestias y vejaciones de guerras intestinas, dejáronse llevar de la corriente, siendo esta manera de cansancio ó diferencia causa de no pequeños males. Era estremada en la segunda la division entre los magnates y los pueblos, y aun entre los mismos próceres. Seguian unos á Bernardo de Cabrera, conde de Módica, que codiciaba la corona, aspirando al dominio general de la isla; confesábanse los menos partidarios de la reina doña Blanca, viuda del rey don Martin, hijo de *el Humano*, quien por voluntad de aquel gobernaba y procuraba conservar el reino. Mas no regian sus manos las riendas del poder con la firmeza necesaria; débiles por naturaleza, y como de señora, mas á propósito para gobernar en paz sus pueblos, que para hacer frente á conmociones populares, preludios siempre de largas y sangrientas guerras.

La sabiduría y prevision del parlamento de Barcelona, su entereza y actividad, hallaron sin embargo, remedio á tantas desdichas, coonestando unas, neutralizando otras, cortando de raíz las mas graves. Fue norte de aquella asamblea, para dominar tal cúmulo de infortunios, el mantener viva en los naturales de una y otra isla la afición al nombre aragonés, cuyo prestigio sobrevivía á las recientes desgracias; y mientras cediendo á este misterioso influjo, se iban aplacando las tempestades exteriores, ponian los diputados catalanes el mayor empeño en mostrar igual justicia é imparcialidad respecto de cada uno de los pretendientes á la corona, sin lastimar los derechos que cada cual alegaba. Con este propósito, y para quitar á los restantes todo motivo de querrela, dirigíase al conde de Urgel á fin de que hiciera dejacion del oficio que en Aragon alcanzaba, si bien nunca habia logrado ser de todos obedecido. «Siendo (dice un escritor) la fuente de la discordia de Aragon y Valencia el ejercicio de la gobernacion general del conde, enviáronle á suplicar y pedir en nombre del Parlamento, por las atenciones que debia á la provincia, fuese servido no usar de la gobernacion general, y licenciar el ejército que tenia, asegurándole que si importaba para la defensa y quietud de los reinos, quedaba á cuenta de Cataluña formar ejércitos y enviarlos donde importasen para mantenerlos en la debida obediencia; llevó esta embajada en forma de requerimiento Ramon Zavall: dió esta embajada notables recelos al conde; pero como sus derechos mas que en la justicia, los fundaba en el favor de su patria, condescendió con la propuesta, con tal que no usase de lugarteniente de gobernador de Cataluña Guerao Alemany de Cervelló, al cual tenia por sospechoso como tan privado que fue del rey don Martin.» Por este camino se dirigia, pues, el Parlamento á lograr la concordia aun entre los príncipes rivales. Veamos cómo atendia al propio tiempo á poner enmienda y sosiego entre las parcialidades y banderías, que desolaban las comarcas de Aragon y Valencia.

### VIAJE Á ZANZIBAR.

(CONCLUSION.)

La mayor parte de los hombres libres habitan en la ciudad, único centro de poblacion que hay en la isla: solo algunos residen en sus propiedades rurales, las cuales explotan por medio de sus esclavos. Tocante á estos, están esparcidos en el campo, donde se les emplea en los trabajos de agricultura.

En fin, se encuentra entre los habitantes de la ciudad, los extranjeros establecidos en Zanzibar con el objeto de comerciar. Estos son ingleses, americanos ó franceses; pero el número de estos se ha aminorado considerablemente, por no permitirlos el clima estar allí una larga temporada.

No se encuentran en esta localidad muchas de esas bellas fisonomías árabes cuyo tipo es tan conocido. Hay personas que se llaman árabes y tienen las facciones mas africanas que las de los souaheli. El tipo primitivo no lo conservan mas que algunas familias principales ó recientemente establecidas en el pais. Respecto á los souaheli, hay entre ellos una gran variedad de caracteres físicos, procedente de los cruzamientos de la raza árabe y africana acaecidos en la ascendencia de cada uno de ellos; unos se aproximan al primer tipo, otros se separan cada vez mas de él hasta confundirse con el segundo; así su color varía desde aceitado hasta el negro. La estatura de los souaheli es generalmente bastante elevada y ninguno de ellos es mas bajo que una estatura regular; aunque aparentan tener fuerza, son en realidad bastantes débiles, porque no tienen para conservarse robustos, ni las fatigas de la guerra, ni los trabajos de la industria ó de la agricultura. Yo creo que este es un mal local y que en Zanzibar no está tan degenerada la raza sino á causa de la gran cantidad de esclavos que posee y de los cuales se hace todo el uso y abuso que se puede. Yo he visto venir del continente africano souaheli que eran de una estatura muy elevada y parecían tener un vigor considerable.

En esta poblacion mezclada, que por un lado está en estado salvaje y por el otro civilizada orientalmen'te, y compuesta además de razas heterogéneas, no pueden ser uniformes los trajes que se usan. Los árabes y los souaheli que son ricos ó cuidadosos de su persona, se cubren la cabeza con el turbante arrollado, segun el gusto de cada uno, pero generalmente de forma poco elevada cayendo sobre la espalda las puntas de la tela de que se compone. Dentro de su casa se ponen en vez de él una especie de casquete (kufia) de tela sin adorno alguno. Este último tocado es el que adoptan generalmente, pero por ser muy sucio, adorna menos que ciertos chales-turbantes, llevados por algunos. La cabeza la llevan afeitada, la barba y los bigotes peinados cuidadosamente, y siendo estos últimos delgados y pequeños.

El vestido comun á todas las clases de la sociedad, es una camisa (kan'zu) de algodón blanco, por lo general, sin cuello, abotonada á la garganta y abierta por delante hasta la cintura; los bordes de esta abertura están segun el gusto de cada uno, adornados con cordoncillos blancos ó de color de rosa. La camisa que cae hasta media pierna y cuyas mangas son anchas y casi flotantes, está ceñida al cuerpo por un cinturón (hhezani en árabe y bhazamien en souaheli) reemplazado algunas veces por un pedazo de tela de algodón blanco, rodeado de franjas de seda de color de rosa ó de rayas de color, tejidas en ella. Este pedazo de tela llamado chuka, lo llevan los hombres de manera que formen á la vez el cinturón y una especie de saya.

Los individuos de la clase acomodada y sobre todo los árabes, tienen además de esto un pantalón estrecho y corto, ó bien unos calzoncillos que pasan por bajo de la camisa, durante la estación fria, y aun en casi todas ellas, para mayor conveniencia en su compostura. Por debajo de la camisa está el cuerpo cubierto con un

chaleco (velila en árabe, kizibao en souaheli) ya con mangas, ya sin ellas, de paño fino ó de seda guarnecida con pasamanería, bordado por delante y pudiendo abrocharse hasta el cuello. En fin, los hombres de edad y principalmente los personajes de alto rango, cuando están de ceremonia, ó simplemente fuera de su casa, se visten con una larga ropa flotante y abierta, de tela mas ó menos rica, conocida en Europa con el nombre de caftan, que en el pais lleva el de djukha. Así es como se presenta el sultan en sus recepciones en la ciudad, usando tambien este traje su hijo Khaled, el gobernador y sus principales funcionarios.

Todos los habitantes de Zanzibar llevan las piernas desnudas, pero calzan unas toscas sandalias (viatu en souaheli) compuestas de una ancha suela de madera ó de cuero, sostenida en el pie por un pequeño realce que cubre apenas el talón, y por una cinta que rodea la garganta del pie: á esta cinta va por encima unida una tira de cuero que se sujeta por la otra extremidad á una espiga pequeña, introducida en la suela, la cual se coloca entre el dedo pulgar y el siguiente. Estas sandalias hacen necesariamente la marcha lenta y denotan por sí solas las costumbres y carácter de las personas que las llevan; sin embargo, se prestan á la costumbre establecida de quitarse el calzado, no solo á la puerta de las mezquitas, y al entrar en la habitacion de toda persona á quien se debe respeto, sino tambien en el interior de su casa, sobre todo, cuando los pavimentos están cubiertos con tapices ó estereras.

La mayor parte de los esclavos no tienen otro vestido que un pedazo de tela ceñida al cuerpo por encima de las caderas, que cae á manera de túnica corta, tapando las partes vergonzosas; muy pocos son los que añaden á este vestido una camisa, y todos en general van descalzos.

El traje de las mujeres no tiene elegancia ni gracia. Algunas veces están vestidas con una especie de sobretodo que tiene una abertura para la cabeza; generalmente este vestido es de tela de algodón, de color claro ó de seda rayada; la mayor parte de las veces llevan además una camisa que tiene por complemento un pantalón ancho (suruali en souaheli y serni en árabe) que está sujeto por encima de las caderas con una jareta. Algunas y particularmente las mujeres de los souaheli sustituyen á éste un largo pedazo de tela (guho) que se rodea al cuerpo, cubriéndose desde los sobacos hasta los pies; esta es la envoltura mas extravagante que puede darse; se apoya sobre la parte superior de los pechos, bajándolos hácia el vientre, lo cual contribuye á deformarlos aun cuando ellas sean muy jóvenes. Semejante moda no debia ser aceptada en un pais donde las mujeres no pueden compensar la imperfeccion de sus facciones, mas que por la belleza de sus formas.

Por encima de los vestidos que acabo de describir, se ponen un ancho manto (en souaheli kitambi) que es generalmente de color oscuro; negro ó azul, bordado de seda ó de algodón de color, ó solamente guarnecido con franjas de seda, el cual cubre la cabeza y los carrillos, no viéndose de la cara, sino muy poco, y esto al través de una careta (bergu). Estos mantos no tienen ninguna relacion con los nuestros; están compuestos de dos tiras de tela de seda negra, sostenidas por algunas ballenas que sirven para darles la forma que se quiera: una de estas tiras oculta la frente, se junta por encima de ella con una especie de redecilla, y despues baja hasta las cejas; la otra cubre la parte de rostro comprendida entre el medio de la nariz y el labio superior; las dos tiras están sostenidas delante con una ballena estrecha y plana que tiene la direccion de la parte mas saliente de la nariz, dando así á la careta la forma del casco de un buque. Este traje lo tienen aun dentro de su casa, estando en presencia de hombres. Por un favor especial y gracias á mi calidad de amigo del dueño, me fue permitido ver algunas mujeres sin este velo grotesco. Cuando la que lo lleva quiere comer, se lo levanta sobre la cabeza, como hacian con la vise-



ra de sus cascos nuestros caballeros antiguos. Nosotros no sabemos lo que ganan con semejante invención la fidelidad conyugal, y la dignidad de las mujeres; pero todo el mundo comprende lo que pierden estas desgraciadas bajo el punto de vista de las comodidades de la vida, en un clima abrasador.

Las mujeres llevan también las piernas desnudas, pero adornadas por encima del tobillo con uno ó muchos (halia i) grandes anillos huecos de plata ó de cobre. Sus pies están desnudos ó calzados con sandalias semejantes á las que usan los hombres, y algunas veces con babuchas á la turca.

Los hombres no llevan mas joyas que sortijas sencillas, á veces adornadas con una cornalina, en la cual están grabadas algunas máximas del Corán, ó su nombre y en este último caso se sirven de ella como de un sello. Hay sin embargo alguno que otro *elegante* de alto vuelo que posee un reloj (saa) con diges, como cualquiera del boulevard des Italiens de París.

Las mujeres además de los anillos que adornan sus piernas llevan brazaletes (kikehé) de oro, plata, cobre, ó vidrio; sortijas (pheté, ia kedalé) de diferentes especies y collares (mko-fu) á los cuales van suspendidos los braserillos de metal que sirven para quemar perfumes (tchuhó). En las orejas no se ponen zarcillos y si unos botones dobles que no difieren de los que sirven para cerrar nuestras camisas mas que en su mayor dimension, pues los hay tan grandes como medio duro. Su nombre en souaheli es *djaei* en singular y *madjaei* en plural. No solo tienen atravesado el lóbulo de la oreja, sino que tienen también muchos agujeros practicados en el pliegue que rodea este órgano estando estas aberturas ocupadas por otros tantos botones (kipini) semejantes á los que llevan en el lóbulo, pero mas estrechos. Estos son de metal, cuerno, pasta, clavo muy duro, ó bien de una sustancia que llaman *techakaci* y que se parece al coral. Esta es una mezcla de *techakaci*, especie de goma ó resina cuyo origen ignoro, de coral muy duro y de cinabrio, la cual despues de fundida, se la da la forma que se quiere, y se pulimenta en seguida. Por último, en una hendidura hecha encima del ala de la nariz, llevan otro boton cuyas dimensiones están comprendidas entre las del que llevan en el lóbulo y las de los que llevan en el pliegue de la oreja.

Las niñas llevan un anillo de la misma especie de nuestros zarcillos, atravesado en la parte inferior de la ternilla de la nariz. Este anillo se llama *p'heteiapua* (anillo de la nariz).

Nada tengo que decir del peinado, estando cubierta siempre la cabeza. Por lo demás, las mujeres souaheli me han parecido tener crespo el cabello, y por consiguiente poco susceptible de alisarse ó trenzarse. Les gustan muchísimo los perfumes y emplean habitualmente las esencias de rosa, jazmin, clavo, y sándalo; también les agradan nuestros cosméticos y dan una preferencia particular al alcohol balsámico que ha hecho célebre el nombre de Juan María Farina. A pesar de esto, como son muy poco limpias, no practican las abluciones con la frecuencia y el cuidado que exige el clima, y como casi nunca se mudan de ropa blanca, resulta, que entre las emanaciones de sus cuerpos mal lavados y continuamente en transpiración bajo sus vestidos inamovibles, y los perfumes empleados con profusión, hay una lucha en la cual quedan estos vencidos con gran detrimento del órgano del olfato atrozmente herido por estos olores de fiera humana.

Algunos habitantes del país, hombres y mujeres han tomado de los europeos ó de los indios el uso del quitasol. Pero no se sirven del quitasol indio, y si del paraguas europeo, al cual los souaheli dan el nombre de *m'rouli*.

No hay arma alguna que forme parte esencial del traje nacional; así que el puñal que ordinariamente colocan en su cintura los árabes y los demás individuos vestidos como ellos, no es mas que un adorno; este puñal es el encorvado de los turcos y de los árabes, conocido con el nombre de *djambia*. Se ven algunos árabes que

tienen en la mano ó bajo el brazo un sable de hoja, ya derecha (*sif* en árabe y *pangga* en souaheli) y de doble filo, ó encorvada como una cimitarra, llevándolo mas bien para dar mayor gravedad al aspecto que para servir de ataque ó de defensa; muchas veces se presentaba á nosotros Syed Said, jugando con su sable de puño de hierro, cuya vaina era de cuero curtido, como si lo hiciera con un bastoncillo. Además este es uno de sus objetos, pues el baston (*timbo*) hecho de enredaderas retorcidas y que un gran número de individuos y sobre todo los viejos llevan generalmente, hace como en Europa el papel de báculo ó de junquillo de petimetre. Algunas veces se encuentra algun individuo armado con la zagaya africana, pero solo la llevan los recién venidos del continente. En cuanto á los fusiles (*bun duki*) no se ven sino en las manos de los soldados encargados de la guardia del fuerte ó agregados al servicio militar de la casa del sultan. Estos fusiles son muy largos y pertenecen á una época mas que atrasada, porque el cebo no se inflama sino con la mecha de antigua memoria; allí no hay muchos fusiles europeos, porque las tropas del sultan que vienen del Oman ó de Beluchi-tan, no han aprendido aun el uso del fusil de chispa y con mayor razon se hallarian embarazados con un fusil de piston.

Se echan aun de ver en Zanzibar hombres que llevan un escudo (*ter'si*) de piel de rinoceronte: es un cono de quince á veinte centímetros de alto y cuyos costados son ligeramente cóncavos. La base no tiene mas de veinte y cinco á treinta centímetros. La poca estension que cubre semejante escudo, dice desde luego, que es mas bien un objeto de adorno, que de defensa. Su superficie está redondeada por el vértice en forma de un boton grueso, adornado por todas partes de muescas y de objetos redondeados que sobresalen con un grueso borde en la base; un fuerte mango de cuero muy duro está sujeto en su parte cóncava, y los puntos de union están adornados por el exterior con estrellas y florones de metal. A este mango está unida una tira de la misma materia que éste, la cual sirve para asegurarle á la mano cuando se quiere hacer uso de él, ó para suspenderle del hombro izquierdo, de manera que se coloque la parte convexa vuelta hácia fuera un poco mas abajo del omoplato. Estos escudos no los llevan mas que los soldados ó árabes de Oman que están de paso en el país.

La religion que se profesa en Zanzibar es el mahometismo, teniendo sus diversos ritos muchos adherentes. En el número de los árabes originarios de Oman, el cisma *ibadhita* cuenta con muchos sectarios, y entre estos el sultan. Los souaheli son *sunnitas*, y adoptan generalmente el rito *chaféi*. Fuera del mahometismo, no hay mas religion que la de los banianos, los cuales no son estorbados en el ejercicio de su culto. Aparte de esto, el soberano dice que todo verdadero creyente debe tener con los infieles una gran tolerancia, cualquiera que sea el *falso dios* que adoren.

La religion souaheli, como la de todos los pueblos ignorantes, consiste mas en prácticas exteriores que en la observancia de las prescripciones morales del Corán. Ejecutan con una regularidad casi irrecusable, toda la serie de ejercicios piadosos que les impone la regla, tales como las oraciones, purificaciones, abluciones etc.; pero esto no les impide ser bellacos y ladrones de los extranjeros, y algunas veces entre ellos mismos con la misma poca vergüenza que si buenamente se tratase de un perro de infiel: son además tan licenciosos como si tuviesen por excusa la escasa austeridad de una ley menos prudente que la del profeta. Por otra parte, así como todos los malos devotos, y no separo en esto al árabe del souaheli, emplean una ostentación mal desfigurada en sus devociones y su fervor se acrecienta en razon de la proximidad que tienen de los extranjeros. No beben vino, esto es cierto, á lo menos en público ó en las circunstancias ordinarias; pero, si fuese indiscreto, diria, de quedo, que tal y cual pecador, temiendo mas el ojo del prójimo

que el ojo de Dios, ha desobedecido á los mandamientos de Alá, en la soledad ó bajo pretexto de alguna enfermedad fingida.

#### EL PRIMER AMOR.

Sos'enedme con flores, cercadme de manzanas, porque desfallezco de amor.  
(Cantar de Cantares, cap. II, v. 5.)

Dormida me halló una tarde  
sobre las flores del huerto,  
y desperté estremecida  
con el calor de sus besos.  
—Serrana,—dijo—enlazando  
por la cintura mi cuerpo,—  
benditas sean las hebras  
de tu rizado cabello,  
benditos sean tus ojos  
azules como los cielos,  
benditos tus pies de cera  
para pisar flores hechos.  
No tiembles, hermosa mia,  
serrana, no tengas miedo,  
que paz y dicha te brindo  
aunque de la guerra venga.  
Te quiero como los ángeles  
aman á Dios en el cielo,  
como la planta al arroyo,  
como á la noche el lucero.  
Tienes las manos tan blancas  
como la flor del almendro,  
son amapolas tus labios,  
nieve cuajada tus pechos;  
el sáuce cuando se inclina  
las claras ondas bebiendo,  
los pájaros en su canto,  
y en sus murmullos el viento,  
«te quiero» esclaman al verte,  
«te quiero» responde el eco,  
y mil voces en la selva  
«te quiero» esclaman, «te quiero.»  
He visto en lejanas tierras  
mujeres de rostro angélico,  
el tuyo en sueños le he visto  
y aun me parece que sueño.  
Amame, linda serrana,  
que para amarnos nacemos,  
y te enseñaré de amor  
los mas ocultos misterios,  
y entre caricias sin límites  
y entre suspiros de fuego  
viviremos siempre amándonos,  
amándonos viviremos.—  
La voz murió en mi garganta,  
sentí mis labios ardiendo,  
y el sol desapareció  
tras las alturas del pueblo.  
«Amor, me dice mi madre,  
es arte de fingimientos.»  
¡Ay! si mi madre supiera...  
¡Qué saben de amor los viejos!  
Yo desde la tarde aquella  
apenas vivo y sosiego;  
si no le veo, suspiro,  
suspiro cuando le veo;  
bajo la verde alameda  
todas las tardes le encuentro,  
y nos sorprende la noche  
sobre las flores del huerto.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMON.

#### JOHN LILBURNE.

Fue John Lilburne uno de los mas célebres sectarios ingleses mas turbulento, al propio tiempo que mas recto durante la revolución de Cromwel. Estuvo en relacion con los primeros personajes de su tiempo, escribió numerosos folletos políticos, fue encarcelado diversas veces, pero siempre salvado por la oposicion que oponian á los lores sus numerosos amigos, y aunque se atrajo el odio de Cromwell, logró salvarse del patíbulo. Emigrado en Bruselas concertó con Inckingham la restauración de Carlos II, pero no lo logró, y al fin de su vida, despues de haber trabajado infinito por el triunfo de sus ideas, cansado de disgustos y prisiones, abrazó la doctrina de los cuáqueros. Murió en 1657.





Batalla de las Alpujarras.

**LA GUERRA.**

Varias eran las ceremonias con que los antiguos publicaban una guerra. Los germanos procuraban hacer antes un prisionero con el objeto de hacerle batir con uno de sus soldados y del resultado juzgar del éxito de la guerra. En la Edad Media se enviaban heraldos declarando la guerra á los enemigos. Los francos brindaban por el buen éxito de la misma, y comunicaban el día en que debían empezar las hostilidades. Hoy se retiran los embajadores de la potencia con quien se quiere tener enemistad y este es el primer paso para declarar la guerra.

**MADRIGAL.**

La rosa que en el pecho  
Me enseñas cada día,  
Si quieres, ay, dejarme satisfecho  
¿Por qué no me la das, Matilde mía?  
Estraña es tu porfía  
Cuando la rosa á mi placer prefieres,  
Y sin rosas también hermosa brillas;  
No sé por qué las quieres  
Si siempre las tuviste en las mejillas.

JUAN TOMÁS Y SALVANY.

**LITERATURA ALEMANA.**

He soñado con una hija de un rey, que tenía las mejillas pálidas y húmedas: ambos estábamos sentados bajo los verdes sauces, y nos abrazábamos amorosamente:

—«Yo no quiero el trono de tu padre, yo no quiero su cetro de oro; no quiero su corona de diamantes: yo te quiero á tí sola, hermosa flor.»

—«Eso no puede ser, me contestó ella; yo

habito en la tumba y vengo á verte solamente por la noche, porque te amo tanto.

ENRIQUE HEINE.

**LA BATALLA DE LAS ALPUJARRAS.**

Llámase así la memorable y sangrienta acción que se dió en las Alpujarras por las tropas del rey don Fernando el Católico contra los moros sublevados después de la toma de Granada, por querer imponérseles la religión cristiana. La insurrección fue general, descontentos los sarracenos de que se intentara hacerles abandonar su religión cuando se les había ofrecido respetarla en las capitulaciones de la rendición de Granada, y so'o se les logró tener á raya, espulsando un gran número del territorio granadino.

**EN UN ALBUM.**

Aun fulgura en la memoria  
la zozobranza *barquilla*  
que llegó á estrellar su *quilla*  
en los mares del color.

Ella, que fuerte y valera,  
á impulso de sus amores,  
bogó al brillar los albores  
de un astro fulgurador.

Ella, que amante y querida  
con amor, fe y esperanza,  
hacia puerto de bonanza  
llevó por norte su *luz*.

*Luz* pura, radiante y bella,  
anhelada *Luz* ¡querida!  
*Luz* ¡oh Dios! que fue su vida  
y su estrella en el capuz.

Bogó de amor en los mares,  
de amor henchida la vela,  
llevando amor por estela  
y por remeros amor.

Amor, viendo en lontananza,  
Amor, prestándole vida,  
por norte, de amor la egida,  
por meta, rumbo y redor.

¡Y zozobró!... negras nubes  
encapotaron su cielo,  
y presto su rauda vela  
la bella nave perdió.

Los elementos cruzieron,  
viento sopló de mudanza,  
y las ondas de esperanza  
con ímpetu embraveció.

Y luchando con su estrella,  
con su fe, con sus rigores,  
bebió todos los dolores  
que la mandó el desamor.

Y vió el vivir... la agonía...  
entre el luchar... la esperanza...  
mas ¡ay! la nave no avanza...  
la resta... ¡solo dolor!

Naufragó la frágil quilla...  
derrotero negro vió...  
la dulce esperanza huyó...  
¡lo lleva todo perdido!

Y en sus dolores gimiendo  
sin faro, sin luz, sin... *Ella*...  
La nave, luego se estrella  
en las rocas del olvido.

ANTONIO GUIJORA Y GOMEZ.

Por todo le no firmado J. GASPAR.  
Editor responsable, Fernando Gaspar.

**ADVERTENCIA.** Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses.—Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo.—Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 días después de su publicación.

**PUNTOS DE SUSCRICION.** MADRID: Librería de Gaspar y Roig, Príncipe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Carmen, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martín, Victoria, 9; de Sánchez Rubio, Carretas, 51; Moro, Puerta del Sol; Durán, Carrera de San Jerónimo; Dochnao, calle de Jacometrezo, 65, y en la Publicidad, pasaje de Mathen.

En Provincias, Extranjero y Américas en casa de los corresponsales de los editores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA, y mandando libranzas ó sellos de Correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.